

CONFERENCIA TERCERA.

SOBRE EL SENSUALISMO.

Con qué, señores, nada es mas cierto : todos los obstáculos serios á nuestro progreso moral se resumen en esta palabra : la concupiscencia.

Así pues, toda la cuestion práctica del progreso, á qué todos aspiramos, depende de una sola cosa ; de la actitud que nosotros tomaremos delante de la concupiscencia : nosotros progresaremos ó retrocederemos, segun que destruyamos la fuerza retrógrada ó conspiremos con ella. En esto consiste la cuestion del porvenir, y vosotros veis que yo la siento resueltamente. Yo tengo presente que soy, lo mismo que vosotros, de la raza de los Francos : á nosotros nos gustan las ideas claras y las situaciones francas, y esta es la razon por qué os he dicho : Ved ahí la hidra viva ; si vosotros no la combatis, ella os devorará. Pero nuestra resolucion está ya tomada : nosotros la combatirémos. Y supuesto que esa hidra tiene tres cabezas principales, procuraremos atacarlas por separado. Hoy atacaremos la primera, aquella que san Juan llama concupiscencia de la carne, *concupiscentia carnis*.

Por lo qué, me propongo demostrar en este discurso, que la concupiscencia de la carne, que por otro nombre se llama *sensualismo*, es nuestro primer obstáculo al progreso, ó nuestro primer poder *retrógrado*. Para verificarlo, no tendré mas que hacer sino desenvolver estas dos verdades, que se corresponderán la una á la otra para formar la unidad de este discurso :

Todas las tendencias del sensualismo son *retrógradas*, y todas las tendencias del siglo son *sensuales*. De donde sacaré esta necesaria

consecuencia : el sensualismo contemporáneo nos conduce á la decadencia.

I. El golpe mas palpable, que el pecado original ha dado al hombre, es aquel, con el cual ha herido su cuerpo; herida profunda, que la Escritura llama con razon concupiscencia de la carne, *concupiscentia carnis*. El amor, separándose de Dios, cae otra vez sobre sí mismo, dice Bossuet; pero bien pronto ese amor, arrancado de su centro, no cabe en sí mismo, y necesita difundirse; y no pudiendo volver á subir, desciende, y desborda sobre los sentidos, llevándose tras sí el légamo impuro que recoge en su camino, lo mismo que un torrente que se precipita por la pendiente de las colinas hácia los valles profundos. Ese amor, derivando del corazon hácia las regiones inferiores del hombre, determina en su vida, por medio de esta derivacion, una corriente terrible que le arrastra á lo que hay de mas bajo. Y esto ¿qué es? es el alma que se inclina bajo el imperio del cuerpo : es el hombre que se ladea, con su amor pervertido, hácia todo lo que es placer, voluptuosidad, sensacion; inclinacion tan impetuosa y tan fuerte, que se lleva fácilmente consigo la vida toda entera : es, en una palabra, la preponderancia desordenada de la vida de los sentidos sobre la vida del espíritu; enfermedad de todos los tiempos, pero enfermedad especial de nuestro tiempo, y que hemos designado con un nombre que parece hecho á propósito para nosotros, el *sensualismo*.

El sensualismo, tal es el primer obstáculo, que á la marcha del progreso opone la fuerza retrógrada, la *concupiscencia*.

En efecto; si profundizais la naturaleza íntima del sensualismo, si examináis atentamente los elementos de qué se compone su vida, y los fenómenos que la manifiestan, no encontraréis en él ningun principio de grandeza ni de progreso; pero sí, descubriréis por todas partes principios de degradacion y decadencia.

El imperio del sensualismo en el hombre abraza á la vez el dominio de los sentidos, de la imaginacion y del corazon. Los sentidos constituyen su principal dominio. El sensualismo es ante todo sensacion, es decir, impresion, emocion, vibracion y estremecimiento de los sentidos. Pero él llama á su ayuda, como poderes auxiliares, la imaginacion y el corazon. La imaginacion conspira con los sentidos para enviarles por medio de imágenes la impresion de los deleites ausentes. El corazon

por su parte, cuando no se halla conmovido por las atracciones del espíritu, se pone tambien al servicio de los sentidos. El sensualismo encierra, como su elemento mas delicado, lo que nosotros designamos con un nombre mas decoroso, el *sentimiento*; nó el sentimiento que se eleva, sino el sentimiento que baja; nó el sentimiento que parte del corazon para dar á la carne algo del espíritu; estremecimiento sagrado que experimentaba el profeta cuando exclamaba : *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum*; sino el sentimiento que comunica al espíritu mismo algo de la carne, cuando viniendo el corazon á inclinarse hácia la region de los sentidos, el sentimiento mismo se hace en cierto modo sensacion, y acaba por confundirse con ella bajo una comun y legítima denominacion, el *sensualismo*.

Tal es el sensualismo en los elementos que lo componen. Vosotros lo veis : el pensamiento no está con él, la inteligencia es excluida, y la voluntad nada tiene que hacer. Entónces ¿qué hace el sensualismo cuando llega á personificarse y encarnarse en un hombre? Ese tal se conmueve, se estremece, palpita, desvaría : se nutre de imágenes, se alimenta de sensaciones, se embriaga de sentimientos. Abre su corazon á todas las simpatías que le prometen, no sea mas que por una hora, la embriaguez del sentimiento. Abre sus sentidos á todos los contactos que le prometen el deleite de la sensacion; y abre su imaginacion á todos los ensueños sensuales que le muestran, mas allá de todas las realidades que está tocando, placeres y deleites, de qué llena todo un mundo ideal construido por él mismo, para saciarse de ellos.

Y para hallar á la vez todos esos deleites, todas esas imágenes y todos esos estremecimientos que ambiciona y persigue su pasion de sentir, corre, vuela, se precipita de fiesta en fiesta, de espectáculo en espectáculo, de festines en festines y de deleites en deleites. Escuchad lo que dice en su carrera veloz : « ¡Oh! ¡qué dulces son estos perfumes! ¡qué hermosas estas flores! ¡qué deliciosas estas armonías y deliciosos estos festines!... ¡Qué elegantes esos trages! ¡qué radiosas esas frentes! ¡qué perfumados esos cuerpos! ¡qué divertidas estas reuniones! ¡qué embelesadores esos bailes, qué encantadoras esas danzas!... ¡O placeres, ó deleites, ó sensaciones, ó paraíso de la tierra! « ¿Cómo no durais perennemente? ¡Ah! venid, amigos, venid todos « á tomar parte en esta dicha que nos ha hecho el cielo. Venid,

« disfrutemos de los bienes que existen, pidamos el placer á todas las criaturas, como en una rápida juventud : hagamos correr á rios los vinos y los perfumes : no dejemos pasar ninguna flor de la primavera sin cogerla : coronémonos de rosas ántes que se marchiten : no haya ni un prado, por donde no se pasee nuestra lujuria. Tengan todos su puesto en el banquete de nuestros placeres, y dejemos en todas partes los vestigios de nuestra alegría que ha pasado. »

Hé aquí el sensualismo en su fondo mas íntimo y sus manifestaciones mas palpables. Pues bien, señores, decidme ahora : en el sensualismo comprendido y manifestado de esta manera, ¿dónde veis un gérmen de grandeza moral y un resorte de progreso? En ninguna parte.

Para la humanidad caída hay una condicion de progreso, de la cual nada puede dispensarla, y esta es la condicion del esfuerzo. En el orden moral, lo mismo que en el orden físico, el hombre colocado en un declive no vuelve á subir sino haciendo esfuerzos. En cualquier orden de cosas, suprimid el trabajo de la lucha : vosotros no seréis ni siquiera estacionarios, es preciso que seais retrógrados : si no volveis á subir por medio de repetidos esfuerzos el rio impetuoso de la concupiscencia, es preciso que lo bajeis, y que por grados sucesivos vayais á donde él os lleva, es decir, abajo. Por mas que los sistemas lisonjeen nuestras generaciones afeminadas, por medio de adulaciones llenas de erudicion; por mas que les prometan, apoyados en teorías nacidas del sensualismo, perfeccionamientos sin esfuerzos y progresos que nada cuesten; la ley permanece invulnerable é inmortal : *el progreso por el esfuerzo.*

Y ved ahí lo que impide é impedirá siempre al sensualismo hacer progresos, porque el *sensualismo* es la supresion del esfuerzo. La sensacion por su naturaleza excluye todo esfuerzo : si el hombre tiene necesidad de energía, no es para producir aquella, sino para hacerla morir. La imaginacion es tambien impotente para el esfuerzo, pues no sabe siquiera gobernarse. Si el esfuerzo es necesario, no lo es para exaltarla, sino para contenerla. ¿Qué digo? ni el sentimiento tampoco exige esfuerzo, porque surge del fondo de nuestro amor, sin necesitar ninguna orden de nuestra voluntad. El sentimiento es un fruto espontáneo del corazon, como la sensacion es un efecto espontáneo de los

sentidos, y la imágen un producto espontáneo de la imaginacion : el uno no cuesta mas que el otro. ¡Ah! yo lo sé bien : el sentimiento es un resorte poderoso; y cuando se convierte en instrumento dócil de una voluntad santa, él da al hombre vuelos generosos y remontes sublimes hácia el bien por el qué suspira. No seré yo por cierto el que pida al hombre, que rompa en sus obras ese resorte que le viene de su corazon : la experiencia demuestra á todos en general y á cada uno en particular, que el hombre nada hace que sea magnífico sino bajo el impulso de su amor; y su accion no es grande ni creadora sino en los casos en qué, conspirando su corazon con su voluntad, el sentimiento le eleva á las creaciones fecundas y empresas heróicas. Pero, lo repito, el sentimiento, lo mismo que la imágen y la sensacion, no es el fruto de un esfuerzo : luego el sensualismo no puede ser un principio de progreso moral. El progreso moral es la marcha en el bien ; la marcha en el bien es la virtud, y la virtud es el esfuerzo para cumplir el deber. Y está fuera de duda, que lo que cumple el deber y funda en nosotros la base del progreso moral, no es ni una sensacion producida por un atractivo, ni un sentimiento excitado por un embeleso, ni una imaginacion exaltada por un sueño : es una voluntad gobernada por una regla.

Una filosofia sensual pretendió dar el sentimiento por fundamento al deber, por resorte á la virtud, y por impulso al progreso. Esto era negar el deber, suprimir la virtud y detener el progreso. El sentimiento, aun cuando es el mas sincero y mas legítimo, no da á la virtud su auréola, y mucho ménos puede rehabilitar el vicio; y ha sido preciso este siglo de sensualismo, para imaginar rehabilitaciones verificadas por el solo poder de un sentimiento sincero. Amar sinceramente, amar, aun legítimamente, despues de haberse pervertido y deshonorado á sí mismo con amores egoistas ó hipócritas, podrá ser á lo mas cesar de degradarse, pero nunca rehabilitarse; y aquellos, que toman á su cargo el hacer á la liviandad y á la perversidad una auréola de virtud, por el solo prestigio de una afeccion que deja de ser engañosa y culpable, nada rehabilitan : lo único que hacen, es rebajar mas las costumbres y la literatura, humilladas á un mismo tiempo por la gloria de semejantes triunfos.

Así pues, el sensualismo es radicalmente impotente para dar un im-

pulso al verdadero progreso; porque, de todo lo que encierra y pone en juego, la sensación, la imaginación y el sentimiento, nada puede ni fundar el deber, ni crear virtudes.

Pero decir que el sensualismo no es un principio progresivo, es tal vez decir lo que es tan evidente para todos: pero sea de ello lo que fuere, para decir toda la verdad debe añadirse, que el sensualismo es positivamente un principio de decadencia. Tal como lo hemos dado á conocer, lleva consigo tres grandes caídas humanas que se ven ordinariamente en las épocas de decadencia.

La primera caída que produce el sensualismo, en las generaciones de qué se ha apoderado, es la caída del ingenio y la impotencia de los talentos reales para producir las cosas grandes. Una generación infiltrada de sensualismo, puede incontestablemente producir legiones de artistas, de poetas, de literatos y hasta de sabios; pero por regla general no produce las obras señaladas de antemano para la inmortalidad. Si aparece algún hombre de mérito, que con sus obras adquiere una gloria inmortal, es porque ese hombre vive más alto que su siglo, y respira sobre su pesada atmósfera el aire generoso de las grandes inspiraciones. Y no debemos extrañarlo: en este particular un siglo se parece á un hombre. El hombre sensual, por más que haya recibido del cielo los dones más excelentes, no llega á crear nada de fecundo. No pudiendo soportar los esfuerzos, tiene horror á los fuertes estudios, á las largas investigaciones y á las meditaciones profundas: solo atiende á lo que trae interés, y nunca á lo que es sólido; y todo lo que no tiene relación con los sentidos, le es como extraño, y no se le presenta sino como una ilusión. Él revolotea en el mundo de las imágenes alucinándose á sí mismo, y por esto no llega á los manantiales lejanos, de donde proceden las cosas magníficas, tanto del arte, como de la filosofía y de la literatura; no habiendo nada tan distante de las regiones en qué habita, como aquellas regiones puras del pensamiento, de las que salen las creaciones del espíritu, bajo la fecundación de un vigoroso talento. El ingenio mismo, en vez de cernirse, como el águila sobre las montañas, en las altas cimas de la inteligencia, se deja caer bajo el encanto del *sentir* hácia las más bajas regiones; muy feliz todavía, si no ensucia en algún lodazal aquellas alas que Dios le hizo para subir hácia los cielos buscándole á él mismo.

La segunda caída que produce el sensualismo, es la caída del carácter. ¿Y por qué? ¿Por qué esa caída de los caracteres y esa minoración del hombre, que coincide en todas partes con el acrecentamiento del sensualismo? Aquí, señores, yo tendría muchas cosas que decir para ser completo, y no diré más que una. El sensualismo es la caída de los caracteres, porque el sensualismo es la extinción del sacrificio y la muerte de la abnegación.

El hierro se temple en el agua viva para que se haga acero: el hombre no tiene su temple varonil sino en los manantiales generosos del sacrificio y de la abnegación. El hombre caído, el hombre deshecho por la prevaricación, no vuelve á levantarse y no recobra su carácter, sino por medio del resorte de la abnegación y el poder del sacrificio: y al proclamar Jesucristo esta grande ley de la humanidad restaurada en él: *Abnega temetipsum*, daba al hombre el secreto de su fuerza y la magestad de su carácter. Ahora bien, si hay en el hombre algo que destruya totalmente la abnegación y extinga el sacrificio, es el sensualismo. Los ejemplos en esta parte hablan mejor que cualquier otra cosa.

Ved al jóven, aunque sea bien educado, y hasta observante de la religión, pero entregado en cuerpo y alma á ese imperio enervador del sensualismo: ¿qué hará algún día allá bajo en aquel antiguo castillo que albergó debajo de su techo á tantos de sus antepasados famosos y á tantos hombres históricos? Él vivirá, debiera decir más bien, él vejetará en una atmósfera sensual que aspirará del seno de las grandes ciudades para envolver con ella su morada. Artista ó literato, producirá obras de arte ó de literatura sensual. Extraño á las letras y á las artes, ¿qué hará para disipar el tedio de sus días que nunca acaban? ¡Ah! ¡vosotros lo preguntais!... Pasando de castillo en castillo, irá en pos de las veladas sensuales, de los bailes sensuales, de las intrigas y amistades sensuales. ¿Qué hará por lo que toca á la abnegación? Nada. ¿Por lo que toca al sacrificio? Nada. ¿Por lo que respecta al heroísmo? Nada. ¿Qué hará por el contento de su madre? Nada. ¿Por el honor de su familia? Nada. ¿Por la gloria de su nombre? Nada. ¿Qué hará, en fin, para vencerse á sí mismo, para llegar á ser un hombre, para hacerse un carácter? Nada. Así pues, ¡ese jóven bien educado no tendrá carácter, y ese descendiente de héroes no será siquiera

un hombre! ¡Hijo de cruzados, yo te saludo! ¡Héroe de este tiempo, yo admiro tus proezas! Tus antepasados se ilustraban en el campo de batalla: ellos acometían la barbarie y salvaban la civilización; ellos eran de su tiempo: ellos hacían heroicidades. ¡Tú, tú te ilustras en las intrigas; tú brillas en los bailes divertidos y en los salones perfumados: ve, prosigue tu noble carrera, ve á conquistar el placer; tú eres de tu siglo, tú haces obras de sensualismo! ¡Sí, el sensualismo, ó caballero de este tiempo, hé aquí el triunfo de tu valor! ¿Y cual será el triunfo de tu sensualismo? ¡Un triunfo digno de él y de tí, la voluptuosidad, esa gran decadencia humana!

En efecto, señores; al último de esas dos caídas que produce el sensualismo, hay todavía una mas grande, mas profunda y mas desastrosa que todas las otras, la caída de la castidad. Todas las tendencias, todas las aspiraciones, todos los esmeros, todas las invenciones, todas las molicias, todos los enervamientos del sensualismo van á concentrarse y consumarse, como en un triunfo supremo, en el reinado de la voluptuosidad. Aquí yo corro todavía mas aprisa, porque camino sobre carbones ardientes: no temáis: yo no rasgaré delante de vosotros los velos demasiado transparentes, debajo de los cuales envuelve el sensualismo sus supremos triunfos, pues no es este ni el lugar ni el momento. Pero al levantar delante de vosotros el estandarte del verdadero progreso moral con la ambición de reunir á él todos los corazones grandes y todas las almas escogidas, me siento en la necesidad de deciros: Hombres de este siglo, como yo mismo y conmigo mismo queréis vosotros el verdadero progreso de la humanidad: conoced el grande obstáculo á nuestra marcha progresiva, y permitidme que de lo alto de este insigne púlpito os denuncie la mas grande enemiga de todos vuestros progresos, la voluptuosidad... ¡monstruo halagüeño, pero cruel, que al mismo tiempo que os hace caricias, devora todos los gérmenes de vuestra fuerza y de vuestra grandeza, devorando la castidad, que hace á las almas fuertes, y á las generaciones progresivas! ¡El progreso! no hay aquí ni uno solo que no lo pida y no lo aclame: ahora bien, ¿cuantos hay en este inmenso auditorio, que guarden en sí mismos su enérgico resorte? ¿Quiénes son aquí los castos? ¿Queréis que yo los cuente? ¿Es acaso la mitad? ¿Es la tercera parte? ¿Es la cuarta parte?... ¡Ah! yo no me atrevo á responderme, y me contento con deci-

ros: Hombres del progreso, sed castos, y haréis progresos; porque, al mismo tiempo que destruiréis en vosotros la fuerza mas poderosa del sensualismo, destruiréis también la causa mas poderosa de la decadencia humana.

II. Después de lo que acabamos de establecer, nos será fácil resolver una cuestión que nos interesa en gran manera: ¿nos hallamos nosotros en el progreso? ¿nos hallamos en la decadencia? que es lo mismo que preguntar: ¿somos nosotros un siglo de sensualismo?

Señores, ántes de responder á esta cuestión, yo he reflexionado mucho; porque conozco, que no es por cierto una cosa de poca monta el pronunciar en el puesto elevado de este púlpito una palabra que nombra y caracteriza el siglo. Pues bien: después de haber seguido mucho tiempo el movimiento de las ideas, y examinado las tendencias del arte, de la literatura, del drama, de la religión y de las costumbres de nuestra época... esta palabra me viene á pesar mio de todas partes: el sensualismo. Sí, señores: salvo las excepciones que tengo siempre en cuenta, este siglo considerado en su conjunto tiene un carácter que lo distingue; y todo observador atento é imparcial, que fija en él la vista y lo penetra, dice después de haberlo visto y penetrado: *sensual!* Esto os lo intento demostrar yendo del fondo á la superficie, de lo que hay mas íntimo á lo que hay de mas palpable.

Y desde luego, hay una cosa que hace conocer y juzgar un siglo, mejor que los fenómenos que se manifiestan al exterior; y son las ideas que se agitan en su fondo. El carácter de un siglo puede determinarse por las ideas que son comunes en aquel siglo. Y no hay duda, pues en vano quisiéramos disimularnoslo, que el sensualismo está en el fondo de nuestras ideas, ó por mejor decir, nuestras ideas en su conjunto son de sensualismo. Yo sé bien, que en nuestros días una filosofía mas austera ha promovido una reacción contra estas tendencias, aun fuera del círculo de la educación cristiana: si los hombres que han levantado esta bandera, siguen hasta el fin sus tendencias espiritualistas, ellos vendrán á nosotros, porque el cristianismo es el espiritualismo en su mas sublime y completa expresión.

Pero es preciso confesarlo: esa filosofía separada del cristianismo no es seguida hasta ahora sino por una porción de inteligencias distinguidas; la masa de los literatos y de los sabios se reúne á la idea sensual,